

Homenaje al Profesor e Historiador Augusto Vivaldi C.

*Marco Aurelio Reyes Coca**

Para el suscrito resulta difícil expresar algunas palabras en este acto académico, sobre todo si el objetivo de las mismas es rendir un homenaje postumo a un gran profesor e historiador, al que estuvimos unidos por una férrea amistad, en gran parte de nuestra vida. Además, si están presentes distinguidos exalumnos de ese gran maestro. Sin embargo, intentaremos expresar algunos sentimientos sobre Augusto Vivaldi Cichero, Profesor Emérito de la Universidad de Concepción, trágicamente desaparecido en Diciembre de 1994. Este recuerdo postumo lo hacemos dentro del programa conmemorativo de los 25 años de la carrera de Pedagogía en Historia y Geografía en nuestra Universidad.

Para abordar la especial personalidad de Augusto, deseo partir de un refinado pensamiento que traigo a la memoria: “Los sentimientos si son buenos, generalmente acercan a las personas; en cambio, los juicios, tanto si son malos como si son buenos, suelen separarnos”. En base a este pensamiento, mis palabras estarán preñadas de sentimientos ante que juicios.

Resulta un hecho indesmentible que la persona de Augusto Vivaldi no pudo pasar inadvertida, no sólo por las características de su personalidad tan especial, sino que por el inapreciable aporte que brindara en diferentes instancias a nuestro proyecto académico que hoy cumple sus Bodas de Plata.

Al día siguiente de su deceso, el Diario El Sur de Concepción, lo recordaba acentuando que la suya había sido “una vida de docencia, historia y defensa de los valores regionales” (18. 12. 94). Precisamente, ese espíritu regionalista contagioso lo llevó a entregarnos su apoyo con el máximo desprendimiento y generosidad.

* Profesor del Depto. de Historia y Geografía y Cs. Sociales y Decano de la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad del Bío-Bío

Para los presentes que no conocieron a Vivaldi, cito textualmente las sentidas expresiones de Alejandro Witker, catedrático de la Universidad de Concepción y exalumno de Augusto, (fue) un gran valor de la cultura penquista, un gran constructor de nuestra Universidad, un gran formador de historiadores en la región y una gran persona”.

¿Qué otra cosa podría agregarse a este magnífico perfil de Vivaldi, trazado con tanto cariño y tan ajustado a la realidad, como el que hace Alejandro Witker? Pensamos que está dicho todo sobre lo que fue Augusto Vivaldi.

Sin embargo, debemos agregar algunos sentimientos personales, para lo cual estableceremos una tajante diferencia entre el Vivaldi-amigo y el Vivaldi-histo-riador.

En el primer aspecto, me remitiré a lo que fue publicado por el suscrito en la Revista Historia del Instituto de Historia de la Universidad de Concepción. Allí señalé que Augusto no pasó por este mundo como una sombra intrascendente. Por el contrario, transitó trascendentemente por los círculos académicos que él mismo contribuyó a avivar con el intenso fuego de su pasión por la historia. Acaso la gran característica que definió su personalidad, fue su apertura hacia los demás, contraseña de esa amistosidad, expresada de múltiples maneras en cada momento de su vida.

Sin embargo, existía otro tesoro que Augusto trataba de mezquinar a los demás y que, confieso sinceramente, descubrí a través del sabio comentario de otro gran maestro, a quien postumamente rendimos también nuestro apreciado homenaje: Héctor Herrera Cajas. Este, me señaló un día, en Casa Larga, el fundo de Augusto en Cancha de los Montero, en la comuna de Florida, que el proceder extrovertido de Augusto, impronta de la sangre italiana que corría por sus venas, impedían conocer realmente su fina sensibilidad hacia las cosas y las personas. Comprendí el porqué en su campo todo estaba en el lugar preciso y adecuado: un árbol, una planta, un macetero, cada rincón. Todo, exactamente todo, donde debía estar. También comprendí el porqué de su fineza de enviar tarjetas de navidad a sus amigos más queridos, con el hermoso retrato de su madre. Algo inédito.

Su vida en el campo le ocupaba la mitad del tiempo. La otra mitad se la dedicaba a la Universidad, su otro gran amor. Sus preocupaciones por los trigales, viñedos, invernaderos, animales o extensos bosques, no impidieron jamás el desfile de amigos, amigos de sus amigos, familiares, amigos de sus familiares. Allí recalaban grandes historiadores como Rolando Mellafe, Armando de Ramón, Héctor Herrera y otros venidos del extranjero, junto a sus alumnos, exalumnos, colegas y excolegas. Todos disfrutamos de su generosa hospitalidad en la bucólica suite que se había construido, para vivir plenamente su vida. En efecto, fue un verdadero gozador de la vida. El deleite de sus mostos generosos; del cerdo colgando macabramente sobre la descomunal tinaja, que esperaba la voracidad de los comensales; las pastas, raviolis o rizzotas que él mismo preparaba luego de haber aprendido el arte culinario de su madre; los variados panes pascueros de todas las regiones italianas, las mistelas o licores traídos de Europa o de algún lugar de América; las empanadas preparadas por la Chabela; todos fueron goces inolvidables que pasaron a formar parte de la memoria de su amplio círculo de amistades.

Para concluir este retrato de Vivaldi, no podemos dejar de mencionar sus anécdotas con

motivo de la prohibición de dos libros durante el régimen militar: “El Gran Taimado”, de Enrique Lafourcade, e “Impunidad Diplomática”, de Francisco Martorell. Gozaba de su vetada lectura, expresando graciosos comentarios que reiteraba en todas partes. Hoy, quisiéramos saber cuántas fotocopias anilladas de esas publicaciones reprodujo y repartió entre sus amigos. También es un enigma saber cómo conseguía esos libros. Pero allí estaban, en su grandiosa biblioteca y en la de sus amigos.

En la otra faceta a definir, la del Vivaldi-Historiador, resulta difícil saber cómo llegó a convertirse en un maestro de la intrahistoria. De esa historia que se ejerce como un oficio que no es precisamente produciendo libros, sino más bien como un conocimiento riguroso puesto al servicio de los demás. Para el profesor Leonardo Mazzei, uno de sus discípulos, Vivaldi entendió la historia no como patrimonio de eruditos, sino más bien, con un sentimiento de utilidad social. Por lo mismo, su sabiduría se volcaba en los trabajos que presentaba en congresos, seminarios o simposios, o bien, en artículos periodísticos, publicados preferentemente en el diario *El Sur* u otro de la región. Su preocupación fundamental era de que el proyecto fundacional de Pedro de Valdivia en Concepción, se fuera distorsionando, ahogado por el centralismo santiaguino, que según decía, mantenía a su ciudad en una situación desmembrada. Fueron trabajos suyos, uno publicado en 1989, con motivo del 70° aniversario de su Universidad, titulado “De la Universidad, la Ciudad y los Rectores”. El otro publicado después de su deceso, es el humanizado escrito sobre “Pedro de Valdivia”. Se advierte que su Universidad de Concepción y su ciudad natal, Concepción, fueron constantes preocupaciones de su quehacer. Como retribución a esa dedicación de su vida; en 1990, un año después de haberse acogido a retiro de su jornada completa universitaria, recibe dos importantes galardones. Uno es la investidura como Profesor Emérito por su Universidad. El otro fue el Premio Municipal de Ciencias e Investigación, Histórica, otorgado por la I. Municipalidad de Concepción. Su pasión por Concepción llegó a convertirse en una verdadera enfermedad. Siempre estuvo pensando en su Concepción natal, de la cual brotan sus raíces históricas. Siempre tuvo la utopía de unir a Concepción con Chillán “por la hipotenusa”, como solía decir y escribir. Su original proyecto de “Pensar Concepción”, fue replicada por el suscrito en la ciudad de Chillán, con motivo del 50° aniversario del terremoto.

En suma, puede expresarse que Vivaldi aunó apasionadamente a su ciudad, su región y su Universidad. Esto está ampliamente testimoniado en su brillante vida académica y en el pleno ejercicio de la investigación histórica.

Este hombre, amigo e historiador, siempre estuvo junto a nosotros.

No olvidamos su permanente y explosiva presencia en todos los eventos que realizamos desde la creación de la carrera hasta el momento mismo de su muerte.

Tampoco podemos dejar de anotar sus sabios consejos a nuestros estudiantes, fueran para guiar tesis o seminarios de título, o para abrirles su inmensa biblioteca o para facilitarles el ingreso a las de la Universidad de Concepción.

Inolvidable fue su aporte a través de la exposición “Iconografía de O'Higgins”, que él mismo ayudara a conformar, y que se paseara por nuestra Universidad o por las comunas que la solicitaron, las veces que fuera requerida.

Este es, a grandes pinceladas, el retrato de un gran académico, pero por sobre todo un amigo, a quien rendimos en esta solemne ocasión nuestro sentido homenaje.

Gracias Augusto Vivaldi porque nos enseñaste que se puede ser un gran académico sin perder su calidad como persona. Tus amigos y colegas te llevaremos siempre en el corazón.